

que no pase por aquí de nuevo! Hubiéramos tenido la alegría de observar en su semblante claras señales del mal humor que la domina. Y ahora vea usted lo que iba á buscar allí—añadió con alegre sonrisa mostrando su compra.—Esto, que no podrá conseguir ni ofreciendo todos los millones que su honrado padre ha robado á los gogos de Viena. ¡Ah! ¡ah!—concluyó, riendo más fuerte.—Montfanón ha madrugado mucho, y no ha perdido su mañana. Y usted, señor observador, adivine lo que es esto que yo he sacado del museo de ese cómico—añadió presentando el volumen á su interlocutor, al que miraba con el más gracioso gesto de triunfo que se puede imaginar.

—No tengo necesidad de mirar su libro—respondió Dorsenne.—Pero sí, sí—añadió ante un desdenoso movimiento de cabeza de Montfanón;—en mi calidad de novelista y de observador, puesto que usted me lo pone ante los ojos..... Ya sé de lo que se trata. Es un libro de horas que lleva la firma de Montluc, y que el Cardenal Guerillot ha descubierto, ¿es exacto? Ha hablado de él á la señorita Hafner, y ha creído desarmar la animosidad que usted manifiesta por ella refiriéndole que Fanny sentía mucho entusiasmo por él y que deseaba comprarle. ¿Es cierto también? Y usted, mal hombre, se ha propuesto en seguida evitarlo. ¿No es verdad? ¡Y usted le tiene, mientras ella!.....Anteayer hemos pasado juntos la velada en casa de la Condesa Steno, y Fanny me ha manifestado su deseo de poseer ese libro, sobre el que ha rezado ese gran soldado, ese gran creyente. En fin, ha tocado todas las cuerdas de la guitarra de las convicciones heroicas. Ayer debió ir á comprarle, pero la tienda estaba cerrada, y usted, in-

dudablemente, también habrá ido.....¿es cierto? Y ahora que yo le he contado á usted esta historia, punto por punto, ¿me quiere usted explicar la razón de una antipatía tan encarnizada y casi pueril—perdone usted la palabra, pero no se me ocurre más propio calificativo que éste—por una inocente joven que jamás ha hecho operaciones de Bolsa, y que no solamente es la suma caridad, sino que está en camino de llegar á ser tan devota como usted? A no ser por su padre, que no quiere oír hablar de conversión antes del matrimonio, sería ya católica. Cuando lo sea, bajo la protección de una Santa Claudia ó Santa Francisca, como usted lo es bajo la de San Claudio y San Francisco, preciso será deponer las armas, viejo conjurado; y reconocer la sinceridad de los sentimientos religiosos de esta niña que nada le ha hecho á usted.

—¡Cómo! ¿No me ha hecho nada—interrumpió Montfanón.—Pero es natural que un escéptico no comprenda lo que me ha hecho, lo que me hace todos los días, no á mi persona, pero sí á mis ideas. Cuando, como usted, se ha aprendido la gimnasia intelectual en el circo de los Saint-Beuve y de los Renan, se debe encontrar exquisito que el catolicismo, esa cosa tan superior, sirva de *sport* elegante á la hija de un pirata de la Bolsa que dirige sus tiros á un matrimonio aristocrático. También puede divertir su ironía que mi santo amigo el cardenal Guerillot haga el tonto con esta intrigante. Pero yo, caballero, que he comulgado junto á un Sonis las mañanas de batalla, no admito que lo que fué la fe de aquel héroe y lo que es la mía, sirva para hacer entrar en el mundo á esa joven. No admito que se haga jugar un papel de bobo y de cómplice á un an-

ciano á quien venero y al que abriré los ojos, palabra de honor. Y en cuanto á esta reliquia—insistió mostrando de nuevo el libro,—usted puede encontrar pueril que yo no haya querido que se la mezclase á esa vergonzosa comedia. Pero no, no..... no se la mezclará. No se mostrará con frases, con ojos anegados, con gestos almibarados, este breviario sobre el que rezó aquel gran soldado, sí, señor, aquel gran creyente. ¡Que ella no me ha hecho nada!—repetía acalorándose demasiado y con la cara roja.—¡Pues si ella y si su padre son la quinta esencia de lo que odio más! La encarnación del mundo moderno, en el que nada existe más aborrecible que esos aventureros cosmopolitas que se las tiran de grandes señores con los millones adquiridos de mal modo en un golpe de Bolsa. En primer lugar, no tienen patria. ¿Qué es ese barón Justus Hafner, alemán, austriaco, italiano? ¿Es que usted lo sabe? No tiene religión. El nombre, la cara del padre, la de la hija, todo los proclama como judíos, y son protestantes—por ahora al menos—en espera de hacerse cismáticos, musulmanes ó no importa qué. ¡Por ahora cuando se trata de Dios! Tampoco tiene familia. ¿Dónde se ha educado ese señor? ¿Qué hacían su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas? ¿Dónde se ha enriquecido? ¿Cuáles son sus tradiciones? ¿Dónde está su pasado, todo lo que constituye al hombre moral? Busque usted, busque usted. Todo es tinieblas en este personaje, excepto esto que está muy claro: si hubiese habido jueces en Viena cuando el proceso del *Crédito Austro-Dálmate*, en 1880, estaría en la cárcel en vez de estar en Roma. Ha causado innumerables ruinas. Sé algo de esto. Mi pobre primo Saint-Rémy, que estaba

cerca de Monseñor el conde de Chambord, ha perdido allí el pan de su vejez y la dote de su hija. Ese Hafner ha sido causa de algunos suicidios, entre otros el de un cierto Schroeder, que se volvió loco y que se mató después de haber matado á su mujer y á sus dos hijos. ¡Y el señor Barón ha salido libre! Solamente diez años han transcurrido desde entonces, y ya se ha olvidado todo. Y cuando se ha establecido en Roma, ha encontrado las puertas abiertas, las manos tendidas, como las hubiera encontrado en Madrid, en Londres, en París, en toda Europa. Se va á su casa, se le recibe. ¿Y quiere usted que yo crea en la devoción de la hija de este hombre? No, mil veces no, y á usted mismo, Dorsenne, con su manía de la paradoja y del sofisma, á usted que es bueno en el fondo, esas gentes le causan horror lo mismo que á mí.....

—Pero no á todo el mundo—respondió el escritor, que había oído al Marqués con interés visible, pero con sonrisa de hombre poco convencido.—Pero no á todo el mundo—repitió.—Me ha tratado usted de acróbata; y aunque no me enfado porque sé que en el fondo usted me estima, déjeme al menos que le conteste. En primer lugar, antes de formar juicio en un negocio financiero, es preciso conocerle. Hafner ha sido absuelto. Me basta. El será el peor de los piratas, pero esto no impediría que su hija fuese un ángel. En cuanto á ese cosmopolitismo que usted le reprocha, no podemos estar de acuerdo, pues justamente es lo que me interesa en él. Sí, quiero decir que yo no creería haber perdido mis seis meses de estancia en Roma, aunque aquí no hubiera conocido á nadie más que á él. No me mire usted como si fuera uno de los dueños del circo de Beuve ó ese

pobre Renán—continuó dando al Marqués un golpecito en el hombro.—Nada hay que me interese más que esos seres que han pasado por dos, tres ó cuatro formas de existencia. Es mi museo; y ¿quiere usted que le sacrifique una de mis más hermosas piezas? Y además—y la malicia hizo brillar los ojos del joven,—reproche usted cuanto se le antoje al barón Hafner; trátele de ladrón, de intrigante, de trápacero, de lo que usted quiera. Pero en cuanto á que no sepa dónde han vivido sus padres, yo le responderé como el Bonhomet de mi colección Villiers de l'Isle Adam cuando al subir al cielo le dice Dios: ¿Siempre bromista, Sr. Bonhomet? y responde éste: «Y usted, señor?» Y usted mismo, Sr. Montañón. Porque usted ha nacido en Borgoña, de una antigua familia de Borgoña, emparentado con toda la nobleza de Borgoña, por lo que le felicite á usted. Y usted ha venido á establecerse á Roma desde hará pronto veinticuatro años, y clama contra esa *Cosmópolis* que usted maldice.

—En primer lugar—replicó el antiguo soldado del Papa, mostrando su brazo mutilado,—yo soy una excepción. Yo no vivo casi, yo acabo de morir. Y además—y su rostro se exaltó de nuevo, y el fondo de su inteligencia, ciega á menudo, pero elevada, apareció de repente,—y después mi Roma, nada tiene de común con la de M. Hafner, ni con la de usted, puesto que usted, según creo, viene á proseguir sus estudios comparados de teratología moral. Para mí, Roma no es la «Cosmópolis», como usted dice, es la «Metrópoli», es la ciudad natal. Usted olvida que soy católico ferviente y que aquí estoy en mi casa, en la patria de mi alma. Estoy aquí porque soy monárquico, porque creo en la antigua Fran-

tes, sin consejeros, que ha jugado su hacienda en la Bolsa contra bandidos de la honradez de Hafner, que todos los tesoros reunidos por esa serie de Papas, de Cardenales, de guerreros, de diplomáticos, irán á enriquecer á bolsistas perdidos y á innobles agiotistas, encontrará usted este suceso demasiado lamentable para mezclarse en él ni aun como espectador. Vamos, véngase usted á San Claudio.

—Repito á usted que me esperan—respondió Dorsenne, separando el brazo que su simpático amigo había ya cogido.—Es cosa muy agradable haberle encontrado á usted en mi camino antes de la cita que tengo. Yo, que soy apasionado por los contrastes, no he perdido la mañana. Tenga usted la paciencia de oír la enumeración de los personajes con quienes voy á unirme. No seré largo, pero no me interrumpa.—Usted se indignará luego si sobrevive al golpe. ¡Ah! ¿No quiere usted que yo llame á su querida Roma una «Cosmópolis»?—¿Pues qué dirá usted de la gente con la que dentro de veinte minutos visitaré el antiguo palacio de Urbano VII? Tendremos á su bella enemiga Fanny Hafner en primer lugar, y á su padre para representar un poco de Alemania, un poco de Austria, un poco de Italia y algo de Irlanda..... Sí..... Parece que la madre del barón era de Rotterdam. No me interrumpa usted. Tendremos á la Condesa de Steno para representar á Venecia, y á su encantadora hija Alba para representar un rinconcito de Rusia, pues la crónica pretende que la Condesa la ha habido, no del difunto Steno, sino de Werekiew Andre, ya sabe usted, ese que se mató en París hace cinco ó seis años, arrojándose al Sena, poco aristocráticamente, desde lo alto del puente de la Con-

cordia. Tendremos un pintor, el célebre Lincoln Maitland para representar América. Es el amante actual de la Steno, el que ha sustituido á Gorka durante el viaje de este último á Polonia. Tendremos á la mujer de este pintor, Lydia Maitland, y á su hermano Florent Chapró, para representar un poco de Francia, algo de América y algo de Africa. Pues el abuelo era ese famoso coronel Chaprón, del que se hablaba en el «Memorial,» y que se marchó después de 1815 á hacerse plantador en Alabama. Este viejo gruñón ha tenido de una mulata un hijo, al que ha reconocido y dejado no sé cuántos dollars. No me interrumpa usted, concluyo en seguida. Tendremos para representar á Inglaterra católica y aun á Polonia, á la señora Gorka, la mujer de Boleslas, y, en fin, á París, bajo la forma de un servidor de usted. Quisiera ahora poder llevarle á usted. Con usted, el caballero feudal, todo estaría completo. — ¿Viene usted?

—¿Es éste el golpe que quería usted dar á mi pobre cabeza cana?—dijo Montfanón. —Y el desgraciado tiene talento—continuó hablando de Dorsenne como si éste no estuviera allí;—ha escrito diez páginas sobre Rodas que parecen de Chateaubriand, ha recibido de Dios los más hermosos dones: la poesía, el talento, el sentido de la historia, ¡y he aquí en qué sociedad se deleita! Pero, en suma, explíqueme usted qué placer puede encontrar un hombre que vale lo que usted, frecuentando el trato de esa bohemia internacional, más ó menos vistosa, en la que ninguno está en su sitio, en su tradición, en su medio adecuado. No hablo ya de ese pirata de Hafner y de su hija, toda vez que usted tiene por ella, novelista de análisis como es usted, los ojos de Monseñor Gue-

rillot. Pero esa Condesa Steno, con sus cuarenta años y su hija al lado, ¿no debería permanecer tranquila y vivir en su palacio de Venecia, honradamente, en vez de tener aquí esa especie de salón pasaje, por donde desfilan todas las truhanerías de Europa, y de tomar amante sobre amante, un polonés después de un ruso, un americano después de un polonés? Y ese Maitland, ¿por qué no ha obedecido á la voz del único sentimiento bueno de su país, á esa aversión por la sangre negra, que hace que no se encuentren dos de sus compatriotas capaces del acto que él ha ejecutado, de casarse con una mestiza, aunque posea diez veces más millones que los que ella tiene? ¿Y qué diré de esa joven? Si sabe que la engañan, el caso es afrentoso, y no lo es menos si no lo sabe. ¡Y esa señora Gorka, esa honrada criatura, pues creo que lo es, así como verdaderamente religiosa, que no ha notado durante dos años que su marido es el amante de la Condesa, y que tampoco advierte que lo es después de Maitland! ¿Y en fin, esa pobre Alba Steno, niña de veinte años, que se pasea al través de semejantes intrigas! ¿Por qué Florent Chaprón no impide el adulterio del marido de su hermana? Yo le conozco. Fué á verme con motivo de un monumento que hizo elevar á San Luis en recuerdo de un primo suyo. Hace muy bien el papel de tonto en esa siniestra comedia á que usted asiste; usted, que está al tanto de todo sin que á su corazón le repugne.....

—Pero, perdone usted—interrumpió Dorsenne.—No se trata de eso. Usted olvida la cuestión. ¡Qué placer encuentro en este humano museo que acabo de describirle! Yo se lo diré á usted, y no hablemos de moral cuando se trata de una pura cuestión de inteligencia.

A mí, señor conjurado, me gusta observar la vida y comprenderla, y entre todos los espectáculos que ella puede suministrar no conozco ninguno más sugestivo, más particular, más moderno que este de que le hablo. Se encuentra usted en un salón, en la mesa, con una partida como esta en que me voy á encontrar esta mañana. Está usted con unas diez personas que hablan la misma lengua, usan iguales trajes, han leído el mismo periódico por la mañana y creen tener las mismas ideas y sentimientos. Solamente que han venido de diversas partes del mundo. Usted las estudia con lo que sabe de su herencia y de su origen, y poco á poco, bajo el barniz del cosmopolitismo, ve usted aparecer la raza, la indestructible raza. Bajo la dueña de casa, muy elegante, bien educada, como lo es la señora de Steno, descubre usted á la heredera de los Dux, la patricia del siglo XV, con una energía en el deseo y un candor en la inmoralidad incomparables, mientras que en un Florent Chaprón ó una Lidia descubre usted al esclavo primitivo, al negro hipnotizado por el blanco, al ser que han fabricado siglos de servidumbre, y en una señora Gorka reconoce usted, bajo la amabilidad sonriente, el verdadero fanatismo de los puritanos ingleses, y tras los refinamientos de artista de un Lincoln Maitland encuentra el *squatter* robusto y brutal, como en Boleslas Gorka toda la irritabilidad nerviosa del esclavo que ha arruinado la Polonia. Estos rasgos de las razas apenas son visibles en el civilizado que habla correctamente tres ó cuatro idiomas, que ha vivido en París, en Niza, en Florencia, aquí, la misma vida elegante, tan vanal en apariencias y tan monótona. Mas como la pasión sea tocada, y el hombre bien herido en

el fondo, aparece el conflicto de caracteres y casi de especies, tanto más asombroso cuanto de más lejanos países son las gentes puestas de este modo unas frente á otras. Entonces se originan esos dramas que hacen del ángulo de un salón un verdadero campo de batalla donde las razas luchan. Y vea usted—concluyó riendo—he pasado seis meses en Roma casi sin ver romanos, ocupado en observar esa mezcla de tribus que le subleva á usted. Veinte veces tal vez he estudiado este punto, y lo estudiaré sin duda otras veinte; pues siendo todo producido por el azar de encuentros, ninguno de ellos se parece á otro. ¿Será usted indulgente conmigo ahora que me ha hecho disertar en este rincón de la plaza como un héroe de novela?—Vaya.....adiós.

Montfanón había escuchado este discurso con gesto verdaderamente notable. En la soledad religiosa en que acababa de morir, como él decía, ningún placer era más vivo para él que las discusiones de ideas. Pero llevaba á ellas el fuego del hombre que siente con ardor extremo, y con el *dilettantismo* mitad irónico de Dorsenne quedaba desconcertado hasta el sufrimiento algunas veces, tanto más cuanto que el escritor y él tenían algunas teorías comunes, especialmente en el cuidado extremo por la herencia y la raza. Pero sentían por ello una emoción tan diferente, que esta comunidad de doctrinas irritaba al viejo gentilhomme tanto como le atraía. Un gestecillo de descontento crispó su rostro expresivo. Hizo castañetear su lengua con mal humor no disimulado, y le dijo:

—Una última pregunta. ¿Y el resultado, el objeto de todo eso? En una palabra: á qué le lleva á usted su observación?

—¿A qué quiere usted que me lleve? A comprender, como le he dicho—respondió Dorsenne.

—¿Y después?

—No hay después en el pensamiento—respondió el joven.—Este es un vicio como otro cualquiera.

—Pero entre esa gente que ve usted vivir de ese modo—continuó Montfanón después de un instante de silencio.—¿habrá alguno al que usted quiera, ó que odie, ó que desprecie? ¿No ha tenido usted nunca la idea de que, con su gran inteligencia, tiene algunos deberes para con ellos? ¿Que puede usted ayudarles á valer más?

—Ese es otro motivo de discusión, del que trataremos otro día, pues ahora tengo miedo de retrasarme. Adiós.

—Adiós—dijo el Marqués con manifiesto disgusto, por separarse de su interlocutor. Después añadió bruscamente:—No sé por qué le quiero á usted tanto, pues en el fondo usted también encarna uno de los vicios del espíritu que más horror me causan, ese *dilettantismo* puesto en moda por M. Renán y que es el fondo de la decadencia. Pero usted se curará, lo espero. ¡Es usted tan joven!—Después, volviendo á su jovialidad, añadió:—Diviértase usted mucho..... Y ahora que recuerdo, tengo que darle á usted una comisión para uno de los comparsas de su gente. ¿Quiere usted decir á Gorka que he descubierto ya el libro que me había pedido antes de su partida acerca de la nobleza de su país?

—¿A Gorka?—repondió Julián;—¡pero si está en Varsovia hace tres meses por negocios de familia! Acabo de contarle á usted que este viaje le ha costado su querida.

—¡Cómo!—dijo Montfanón.—¡En Varsovia! Le he visto esta mañana, como le veo á usted, que pasaba en coche ante la fuente del Tritón; y si nó hubiese yo tenido prisa por llegar á casa de ese jacobino de Ribalta para salvar el Montluc, le hubiera detenido.

—¿Está usted seguro de que Gorka está en Roma?... ¿Boleslas Gorka?—insistió Dorsenne.

—¿Qué hay en todo esto de particular?—dijo el marqués, que continuaba en su tono burlón.—Es natural que no quiera permanecer mucho tiempo ausente de una ciudad donde tiene á su mujer y á su querida de ayer, de hoy ó de mañana. Supongo que su esclavo de usted y su anglosajón comparten sus sensaciones venecianas con un *dilettantismo* á la moderna. Esto sería muy cosmopolita. Adiós. Transmítale usted por mensaje si le ve, y además—y su rostro expresó de nuevo la infantil alegría que le producía el golpe causado á quien tanto quería,—y además, no deje usted de decir á la señorita Hafner que la hija de su papá no tendrá jamás este libro. ¡No, no es para intrigantes este Blaise de Montluc, este caballero de Montluc, el hombre del Sienne y de Rabastens!

Y riendo como un colegial escapado, apretó el libro bajo su brazo, más enérgicamente aún, repitiendo:

—Ella no lo tendrá! ¿Comprende usted? ¡No lo tendrá!

